

LOS ÚLTIMOS DÍAS

DEL MAESTRO

IGNACIO M. ALTAMIRANO

---





Washington, Febrero 13 de 1906.

Sr. D. ANGEL DE CAMPO.

México.

Mi muy querido amigo:



TIENE Ud. un mágico don que á muy pocos es dado poseer: sabe Ud. ver hombres y cosas, y cuando da Ud. cuenta de lo que ve, lo muestra en tal forma y manera, y le infunde tal calor y vida, que lo presenta á nuestros ojos como si la naturaleza se encargara de reproducir sus mismos cuadros ó nuestra alma se propusiera volver á vivir sus propias impresiones. No es Ud. un simple paisajista que se limite á reproducir la verdad del paisaje y que copie el color y la forma, y la luz y la sombra, y la distancia y la perspectiva, y en cuya obra falte ese fluido misterioso é invisible, que da matiz al



color, relieve á la forma, fulgor á la luz, tono á la sombra, vaguedad á la distancia y encanto á la perspectiva, y que sólo se puede hallar en la vida misma, cuando ella se manifiesta á nuestros ojos en todo su esplendor, no; Ud. es un artista y artista creador, y lleva Ud. á cabo, en efecto, una verdadera creación cuando habla de hombres y de cosas; esto es, cuando reproduce los unos, y cuando se propone hacer conocer á las otras en ese ambiente que los rodea y que los vivifica.

Si no tuviera tantas y tan repetidas pruebas de esa verdad, bastárame para formar esta opinión, la hermosísima carta que Ud. me ha enviado con el deliberado propósito de ocasionarme una emoción profunda á cuyo influjo desapareciera la extrañeza que me causaba su prolongado silencio.

Y á fe que logró Ud. su deseo, porque volví á ver, á través del tiempo y la distancia, la casa nuestra de la calle de Humboldt, que si mi mujer y yo construimos con el abundante ahorro que una honrada labor de muchos años me produjera, Uds., mis amigos, la han calentado con su cariño, la han poblado con sus recuerdos y la han santificado con las ofrendas piadosas que siempre nos han llevado, considerándonos y respetándonos, como si para todos Uds. hubiéramos sido dioses penates, lares familiares, siempre merecedores de las primicias de sus campos y de sus ingenios.

Yo he sido muy rebelde á las lágrimas; las mayores emociones de la vida no me las han hecho derramar, porque las he guardado tan sólo como la ofrenda extremosa de mis más punzantes dolores; y sin embargo la satisfacción íntima, la felicidad compartida, la emoción artística me las han hecho verter más de una vez.

Por eso encontrará Ud. natural que le declare y confiese, que cuando leí su carta, como quien apura un vino añejo y sabroso, hubiera sentido mis ojos empañados por una lágrima, que era el mejor tributo que podía dar al amigo ausente, á su recuerdo siempre vivo, al artista incomparable y á la hermosa obra de arte que presentaba ante mis ojos.

Ud. hizo una visita á mi casa solitaria y muda, al jardín plantado por nuestras manos, donde sólo hoy se pasea, como símbolo de nuestros ensueños de ayer, el ave de Juno que ostenta su espléndido abanico; á la biblioteca donde yacen amontonados mis libros preferidos, esperando que mis manos piadosas los abran de nuevo; y Ud. me ha permitido á mí penetrar en un palacio más inmenso que la casa mía; en un jardín mejor poblado de pájaros y de flores que el nuestro, y en una biblioteca más rica que la que encierra todo lo que mi memoria, en parte asaz pequeña por cierto, guarda como inestimable tesoro: porque yo he visitado el alma de



un amigo, y cuando en ella he entrado, me he dado cuenta de toda su inmensidad, de toda su riqueza y de todos los nobles sentimientos que ella abriga.

Ud. salió triste de la visita hecha á mi casa; y yo he salido risueño y orgulloso de lo que hice á su espíritu; risueño por el bienestar que produce la contemplación de las cosas nobles, orgulloso por la satisfacción que deja toda ambición colmada.

Los hombres como Ud. nos hacen grata la alegría de vivir; porque nos hacen olvidar todas las miserias que la vida tiene, los dolores punzantes de la ingratitud, las amarguras del vicio, las infamias de la traición, las ruindades del engaño, los rencores del odio, los desfallecimientos de la desconfianza y las blasfemias de la hipocresía, para presentarnos tan sólo, como un aliento y como una esperanza, el cariño que conforta, la gratitud que recompensa, la bondad que alegra, la virtud que apoya y la fe que guía.

Los hombres como Ud. nos reconcilian con la humanidad; porque nos estimulan á ser buenos y nos alientan para hacer el bien; porque nos enseñan á ser agradecidos ennobleciendo los beneficios recibidos; porque nos demuestran que si la vida tiene desengaños, tiene también y en mayor número satisfacciones gratas, y porque nos hacen ver que si las flores tienen espinas que punzan, también tienen perfumes que embriagan.

Ud., que sabe que soy hombre de inmensa fe porque tengo confianza en mis amigos, como la tengo en la vida, que me ha dado más beneficios que los que le pedí, y porque estoy dispuesto siempre á recordar los servicios y á olvidar los agravios, podrá comprender la satisfacción dulce que experimenté al tener una ocasión más de confirmar la idea que de Ud. he abrigado siempre y al ratificar el concepto que me ha merecido, de ser entre mis amigos el más fiel entre los agradecidos, uno de los más ricos en virtudes, entre los buenos, y uno de los más pobres de defectos entre todos.

Evocó Ud. en su carta recuerdos para mí tan gratos, que yo también volví á vivir un momento los años ya pasados para jamás volver, cuando siendo Ud. el Benjamín entre los discípulos del Maestro, me disputaba la preferencia de su cariño, tanto más justo en favor de Ud., cuanto que si era yo el más asiduo y el más fiel, era el menos desinteresado, porque si iba á la colmena á recibir ejemplo y lección de las abejas laboriosas, también me consagraba á robar la miel más rica que él con infinito amor había elaborado y depositado en sus panales.

Y recordé también aquellos días cuando ido el Maestro y confiada por él á mí la custodia del rebaño del cual era el pastor, no me sentía bien hallado con aquel encargo y hacía lo posible para ale-



jar á las ovejas que por dondequiera me buscaban, lográndolo respecto de todas, con excepción de una, que penetraba en la majada contra viento y marea, tal vez porque adivinaba mejor que nadie, que el aspecto huraño del nuevo pastor tan sólo espantaba á los que á él no se acercaban; que su seriedad adusta se disolvía fácilmente en una risa franca, y que la dureza del rostro no llegaba hasta el alma pronta siempre á fundirse como blanda cera, al calor de los afectos grandes y profundos.

Y pensé en el día que lo llevé á Ud. á mi lado para ayudarme en una labor ingrata, á recoger y resumir datos estadísticos para un trabajo que pensé ejecutar y no llevé á cabo, ¡cosa rara! pero labor para Ud. no tan ingrata que ella no viniera á ser causa del amor que profesó Ud. desde entonces á los asuntos de Hacienda Pública y que lo condujo al Ministerio de Hacienda, en donde ha sido y es uno de los primeros que llegan y de los últimos que salen, siempre apercebido al cumplimiento del deber, para merecer el elogio que no siempre callan los labios de amigos comunes nuestros, á quienes Ud. y yo admiramos y amamos por igual.

He exclamado ¡cosa rara! al hablar de aquel trabajo proyectado y no concluido, porque no gusto nunca apartarme de una labor iniciada; pero mis amigos todos me absolvieron de este pecado, pues la necesidad de ir á Europa á la Conferencia Mo-

netaria de Bruselas, dió lugar á que levantara mi tienda y dirigiera mis pasos hacia el viejo Continente, para cumplir allá dos deberes igualmente penosos; oír el «De profundis» que los economistas entonaban al destronar para siempre al metal blanco de las augustas funciones monetarias que por muchos siglos había desempeñado; y acompañar al Maestro durante la lenta y terrible agonía de aquella hermosa existencia consagrada, para suplir las deficiencias de la naturaleza, á la formación y educación de una familia agrupada por su generosidad en el hogar suyo, y á la multiplicación de su alma en la inmensa familia de sus discípulos.

¡Qué espantosa desilusión la mía! abandonar mi bufete que ya empezaba á ser lucrativo, para ir á defender los intereses de nuestro país, vinculados en el empleo de la plata como moneda, y verla para siempre destronada y su precio descender á límites nunca antes alcanzados y que jamás soñara el mundo, que asentaba sobre inmensa base de plata la fijeza del valor de todas las cosas que se compran y que se venden; y dejar la sociedad de mis amigos, la atmósfera de cariño con que siempre me han envuelto, con el objeto de ir á viajar con el Maestro y hacer la peregrinación piadosa por Atenas y por Roma de que muchas veces habíamos hablado, y verlo morir lejos de sus discípulos amados y, rodeado tan sólo del afecto de su familia y



del respeto de los hombres en aquella hermosa aldea de San Remo que calienta el cielo azul de Italia, que sombrean los olivos de las montañas y que arrullan las ondas del Mediterráneo.

A pesar de los años transcurridos, mi memoria me representa con admirable fidelidad el cuadro que sorprendimos á nuestra llegada á Francia. ¡Él, que se anticipaba á todos nuestros deseos, no estaba en el Havre para recibirnos! ¡Él, que vivía impaciente por volver á vernos, no era el primero en darnos la bienvenida!

¡Harta razón tenía para ello! Todavía no llegaba el invierno; apenas las hojas secas comenzaban á bailar en el aire la fantástica danza otoñal, cuando ya él había encendido las chimeneas y se pasaba las noches sentado á su calor dulce, como si hubiera querido entibiar con el calor de fuera el que la fiebre de una terrible tuberculosis encendía en sus entrañas.

El Maestro jamás pensó que la tuberculosis fuera la enfermedad que lo llevara á la tumba, porque se preciaba de tener sanos sus pulmones, los cuales creía haber robustecido, según él contaba, mazcando los pedazos de resinoso ocote con que jugara en sus años infantiles.

Yo no sé si le he dicho á Ud. alguna vez la verdad toda entera, á este respecto; pero nadie de la familia se había dado cuenta de que la muerte se

cernía sobre su cabeza. Fué Catalina, ya muy amaestrada en estas femeniles tareas, la que descubrió, acariciándole las manos, que todas las noches París encendía en sus venas, no la fiebre de los placeres, que á muchos agita y atenacea, sino la de la muerte, que á nadie perdona.

Se hizo necesario que todos nos dispersáramos: que yo me marchara para Bruselas con toda mi familia, y que él partiera para San Remo; que yo me fuera á ver caer la nieve, como plumas blancas de pájaros invisibles desgarrados por la tempestad, y que él se fuera á calentar al calor del sol del mediodía, en la tierra legendaria de los naranjos en flor.

Sin embargo, no creíamos que la tragedia estuviera tan próxima y el fin tan cercano; y que aquella vida, de la cual tantos bienes podían esperar aún los amigos y la familia y la patria, hubiera de troncharse cuando prometía una abundante cosecha de frutos sazonados.

Yo ignoro si nos sorprende la muerte porque creemos tener el derecho de vivir siempre, ó porque á fuerza de amar la vida nos imaginamos que debemos estar perpetuamente en íntima comunión con ella; pero el hecho es que, al llegar, es siempre inesperada, ya sea que nos visite á nosotros mismos ó á aquellos á quienes amamos.

De regreso de Bruselas nos detuvimos unos



días en París, no para conocerlo sino para ver sus calles, las cuales ni siquiera había recorrido á pesar de haber vivido en París durante muchos días.

La necesidad de llevar á cabo algún trabajo sobre la cuestión de la plata, que el Maestro me vió escribir y que no me permitía dormir sino cuatro ó cinco horas, fué causa de que, no obstante el inmenso alboroto que tenía yo por ver á París y por recorrerlo en todas direcciones, desde el Quartier Latín hasta Montmattre, y desde las Buttes Chaumont hasta el Arco de la Estrella, no hubiera llegado á aventurar un solo paso en aquella Babilonia. Ver á París era caer en los brazos de la tentadora Circe y no escribir el libro; y escribir el libro era renunciar á todos los encantos del espíritu que París encierra en sus calles, en sus teatros, en sus templos, en sus museos, en sus escuelas y en sus institutos.

El sentimiento del deber venció al fin; y estando en París dejé de ir á pensar en lo efímero de las grandezas humanas bajo la cúpula de los Inválidos; á embriagarme con la gloria en los subterráneos del Panteón; á buscar la poesía bajo los techos de las bohardillas donde cantan como mirlos las grisetas enamoradas; á acercar mis labios á las linfas de aquel inexhausto río que corre desde la Sorbona hasta el Instituto; á enloquecerme con los entusiasmos que las emociones artísticas despiertan

en el Louvre, y á escalar los cielos de nuestros ideales por la escala fantástica de Jacob, por donde bajan todos los ángeles y suben nuestros ensueños, en ese inmenso foco de vida intelectual de esa ciudad que, con justicia, se llama el cerebro del mundo y el corazón de la humanidad.

Pero las cartas del Maestro, que nos llegaban con toda regularidad, comenzaron á faltarnos; alguna ya no pudo ser firmada por él; y nuestra inquietud apenas adormecida, y nuestro amor á él siempre vivo, nos hicieron de nuevo renunciar á París para ir á acompañarlo á San Remo.

Él habitaba en la Pensión Suiza, donde tenía un pequeño cuarto cuya puerta de entrada se hallaba al extremo de un corredor interior con un balcón que daba al patio, con vista sobre el mar.

En los primeros días de su estancia en San Remo experimentó un alivio pasajero, y pudo, en las mañanas tibias, salir á hacer su ejercicio y acercarse á las orillas del mar histórico para escuchar en su rumor constante las voces jamás calladas de los siglos que cantan, como en la dulce flauta de Pan, todas las glorias del Mediterráneo.

Cuando nosotros llegamos, ya no le era dado abandonar el lecho; las fuerzas le faltaban para tenerse en pie, y la alegría del espíritu para hacer el esfuerzo vigoroso que la vida exige para recobrar la salud.



¡El cuarto de aquella Pensión Suiza lo estaba ahogando! Él, acostumbrado á vivir al aire libre, á respirar el de las montañas del Sur, á llevar una vida siempre activa, á pasearse con sus discípulos por los jardines de Academo y á recorrer las calles y las plazas de París, no podía sentirse contento encerrado entre cuatro paredes, sin tener otra compañía que la de Margarita que, como buena hermana de la caridad, velaba las noches y velaba los días, siempre bulliciosa, risueña siempre, sin exhalar una queja, y jamás cansada!

Entonces yo le propuse arrendar por todo el resto del invierno una villa de las pocas que quedaban vacías é instalarnos en ella para disfrutar de más comodidad y tener un jardín donde pasearnos, y unos árboles que nos dieran sombra, y una sombra que nos ofreciese abrigo, y un abrigo que calentara nuestras tristezas á fin de hacer de la tristeza de todos, en la grata unión de la familia, el contento y la alegría que él necesitaba para vivir.

Y arrendé la villa Garbarino y á ella nos pasamos pocos días después de haber llegado, llevándolo de manera penosísima, en un sillón, muy envuelto de los pies á la cabeza, lentamente y paso á paso, como si fuéramos en fúnebre teoría.

La emoción que la villa le produjo fué gratisima, porque en ella abrigó la última esperanza de prolongar su vida hasta la primavera próxima, y

comenzó en el acto á fraguar nuevos proyectos para volver á la patria. Ya no quería que fuéramos á Grecia para ver cómo en ella el arte había nacido en toda la plenitud de su hermosura, como Venus saliera de las ondas del mar; ya no ambicionaba que fuéramos á Roma para ver cómo en ella el derecho había surgido, cual Minerva que armada brotara del muslo de Júpiter; ya no soñaba que fuéramos á Alejandría para ver la cuna de la ciencia cultivada por los sabios del Museo; sino que su ensueño era regresar á la patria para volver á vivir la vida de sus desastres gloriosos y ver cómo, á pesar de ellos, lograba, por el orden y la paz, el respeto de los propios y de los extraños, el engrandecimiento y la prosperidad.

Como el Maestro, antes que otra cosa, era un patriota, nada lo exasperaba más que morir lejos de las playas de la patria, que no verse rodeado de sus amigos y de sus discípulos. Él, á pesar de ser también un poeta y á pesar de ser, como él, un guerrero, y á pesar de ser, como él, un amante de la libertad, no hubiera como Byron privado á la Inglaterra de poseer sus huesos para ir á morir por la libertad de Grecia; porque nada en él podía substituir el amor á la patria, ideal de sus ensueños de poeta, amor de sus triunfos de guerrero, ilusión constante de toda su vida. Si Byron quiso castigar á Inglaterra, privándola de sus huesos, el



Maestro quiso premiar á la patria, devolviéndole sus cenizas.

Nuestros primeros días en la villa fueron dulces y gratos. La casa, si no espaciosa, era cómoda: en la planta baja tenía dos salones y el comedor; y en el piso alto tres recámaras con balcones para el jardín, desde los cuales podía contemplarse la hermosura incomparable del Mediterráneo que deja ver en las mañanas la línea oscura de la Córcega, y tenía otros dos pequeños que daban hacia la puerta de entrada, desde los cuales podía mirarse el caserío del viejo San Remo y el verdor de los olivos y la cumbre de las montañas que se estrechan en maciza cadena, cerrando el horizonte.

El jardín era amplio; tenía palmas que nos recordaban la patria por las quejas que el viento dejaba entre sus abanicos, y tenía naranjos de aquellos que él había cantado con la lira de la juventud, de los del Sur, de los de nuestra tierra caliente, que guardan en sus azahares el olor de nuestras mujeres, en sus frutos el sabor de nuestras dichas y en sus hojas el color de nuestras eternas esperanzas: y tenía camelias que estaban llenas de flores, y tenía rosas, de aquellas tardías que Horacio ordenaba buscar á su esclavo para coronar las copas en sus festines, y tenía enredaderas que trenzaban sus tallos en los cenadores dejando colgar como lámparas sus racimos de flores amari-

llas y moradas. En aquel jardín había un pozo que era el que daba el agua para el riego, y en el pozo un cubo que era con el que se extraía, y el cubo estaba suspenso de una rueda en que dormían los rumores que los muchachos habían de despertar en las mañanas.

El jardín se hallaba limitado por una amplia barda desde la cual se dominaba la calle y se veían, como si fueran á tocarse con la mano, los dátiles, los hermosísimos dátiles de la villa de Nobel, que era la que estaba en frente de nosotros, edificada junto al mar y tan cerca de él, que parecía que las olas besaban las avenidas de sus parques. Junto á la barda estaban los sillones: unos de mimbre de los que se usan en el verano, y otros con techo como los que se usan en las estaciones balnearias, y sobre ellos las hojas secas desprendidas de los árboles, y los juguetes de los niños y los libros por nosotros abandonados.

Una noche estábamos reunidos en el comedor, á la hora de la cena, abiertas las ventanas que daban para el jardín, y hablábamos de lo que era motivo de nuestras constantes conversaciones, y discutíamos la posibilidad de emprender el viaje de regreso, realizando la ilusión del Maestro: en Abril tomar uno de los vapores que salen de Génova para llegar á Nueva York, y allí pasarnos á uno de los vapores americanos que nos conduciría á Vera-



cruz; y allí tomar el ferrocarril para llegar á México, y allí el coche para llegar á la casa de Humboldt, y en la casa de Humboldt prolongar la vida del Maestro al calor de nuestro afecto.

Pero nuestra conversación fué interrumpida. Uno de esos muchachos, como hay tantos en las ciudades de Italia, que al son de una música de cuerda entonan canciones populares, había comenzado á cantar una canción que nos era muy conocida, una canción tristísima, de música conmovedora y penetrante, «Vorrei Morir.»

¡No puede Ud. imaginarse el efecto que esa canción produjo en todos nosotros!

Yo no sé si es verdad que no hay música alegre ni triste en sí, porque es alegre la que nosotros identificamos con nuestras alegrías, y triste aquella que escuchamos cuando soportamos nuestras tristezas; de tal manera, que lo mismo podemos llorar con una jota aragonesa, que reír al compás de algún nocturno chopiniano si uno y otra los asociamos á determinados momentos de nuestra vida. Pero de mí sé decir que jamás puedo oír, sin experimentar una emoción de dolor intenso, un vals muy popular en México, «Te volvi á ver,» que una música callejera tocaba en los momentos en que le daba el adiós supremo á mi madre moribunda; y recuerdo emociones gratas y dulces con una pieza de Gottschalk, «La última Esperanza,»

que es la expresión del dolor de una madre que ve morir á su hijo, y que un amigo mío, pianista, me tocaba con mucha frecuencia en los días alegres de la juventud.

Pero la música de «Vorrei Morir» era no sólo triste, sino que se asociaba íntimamente á nuestro dolor de aquellos instantes, y fué necesario, para no ponernos á llorar y para no preocupar más al enfermo, que á falta de creencias toda la vida había estado lleno de supersticiones, que mandáramos callar á aquel cantor ambulante que, como todos los de su clase, son el símbolo fiel de la patria Italia que canta sus tristezas lo mismo que sus alegrías, porque tal parece que al mundo las cuenta por medio de la voz de sus cantores.

Muchos días pudo el Maestro dejar el lecho y sentarse en la terraza para hablar de nuestras cosas de México. Todo parecía indicar que abrigaba esperanzas de vivir; pero á veces el temor de ser olvidado, que expresaba de todas maneras, nos hacía comprender que no era muy grande la fe que fundaba en esas esperanzas.

Los hombres queremos vivir siempre; y cuando vemos que la muerte nos lo impide, nos conformamos con vivir en la memoria de los demás, única vida de los muertos, según creía Cicerón, «*Vita mortuorum in memoria vivorum est posita,*» ideal engañoso de los vivos, según creemos los más.



El Maestro no quería ser olvidado; y cada vez que mi hijo Héctor entraba á su cuarto para besarle la mano, al despertar, le tomaba entre las manos su cabecita, rubia entonces, se lo acercaba lo más posible, le pedía que fijara sus ojos en los suyos y, deseando impresionar su memoria de niño y temiendo que la fragilidad propia de la memoria de esos años no pudiera conservar eternamente su recuerdo, le decía con insistencia:

—«¿Tú sabes quién soy yo?»

—«Sí, papá Nachito,» contestaba Héctor.

—«¿Y te has de acordar de mí?»

—«Sí,» respondía.

—«¿Y, cuando seas hombre, tendrás presente mi fisonomía?»

—«Sí,» volvía á contestar una vez más.

Y aquel diálogo se repetía siempre el mismo, todos los días; porque si él podía conformarse con el olvido de algunos, con la ingratitude de muchos, con las veleidades de sus amigos y aun con los desdenes de su patria, quería que, cuando menos, mis hijos conservaran un culto á su memoria y lo amaran y lo veneraran siempre como el patriarca de la familia, como el que diera el pan á su madre, la instrucción á su padre y el amor, la dicha y la felicidad á todos!

¡Ud. sabe que esto, cuando menos, el Maestro lo obtuvo plenamente! ¡Arde ante su altar, con

llama siempre viva, la lámpara de nuestro afecto; al rededor de la urna que guarda sus cenizas siempre están regadas las flores que nuestra mano le ofrece, y en torno á su memoria viven nuestras almas en comunión íntima con la suya, pidiéndole á su recuerdo un lazo que las estreche y que las una, como la base mejor de la existencia de nuestra familia!

El Dr. Vio Bonatto, un viejo revolucionario italiano del año de 1848, que había vivido en París esperando que naciera la República italiana, atendía al Maestro en San Remo, donde él mismo se había visto obligado á buscar salud.

Fué para nosotros una bendición encontrar al Dr. Bonatto en aquel pueblo, porque no sólo nos daba el auxilio de su ciencia, que era muy vasta, y de su práctica, que era inmensa, sino que nos consolaba con su cariño, porque había conocido al Maestro en París, y á poco de conocerlo, como les pasaba á todos los que á él se acercaban, había concluido por inspirarle viva simpatía, muda admiración y atracción irresistible.

El Dr. Bonatto llegaba á la casa en las primeras horas de la mañana, con una gran puntualidad; conversaba con el enfermo; comprobaba el avance rápido que la enfermedad llevaba á cabo día por día; le ponía su inyección cotidiana; le recetaba uno tras otro los calmantes que ha-